

La pequeña Costa Rica

(En *El Tiempo* de Bogotá, 18 de enero de 1955).

(Envío de Mario SANTA CRUZ)

Esta es la hora de la prueba. Es la hora, porque la agresión armada a un país pacífico prosigue violentamente. Y lo es, porque aún no se han adoptado las resoluciones necesarias para que el agresor reciba la sanción merecida y para que una violación semejante del derecho internacional y de los derechos del hombre no pueda repetirse jamás.

Es la hora de la prueba, en un doble sentido. De la prueba del dolor para la animosa Costa Rica; de la prueba del deber para la Organización de Estados Americanos. Y aún para el mundo. Porque ninguna conciencia humana, ante un caso como éste, puede permanecer indiferente.

El caso, en realidad, es decisivo. Muy pocas veces la lucha entre la fuerza y el derecho se habrá presentado con tan diáfana claridad. En otros conflictos, aunque se vea que la balanza de la justicia se inclina a una de las dos partes, puede sin embargo, la otra aducir algunos datos y argumentos en su favor, y recordar que, en este disputado mundo, si bien unos tienen razón y otros no, nadie tiene razón ciento por ciento. Pero, en el caso presente, en este nuevo capítulo de la historia del perpetuo combate entre la fuerza y el derecho, Costa Rica lo tenía todo del lado del derecho y un cero por ciento del lado de la fuerza.

Para que el caso resulte más expresivo, la característica de Costa Rica consiste en ser un país pequeño. La pequeña Costa Rica. Pequeña y sin armas. Tan pequeña que, en el artículo que *El Tiempo* tradujo y publicó el pasado jueves, su autor afirma con humorismo cariñoso que los costarricenses deben de ser originarios de Lilibut. Sin embargo, esos lilibutienses son gigantes en cierto modo, puesto que Costa Rica —sigue diciendo Luis Marden—, "pequeña por su extensión territorial y por su población, es grande por sus ideales, por la efectividad de su democracia (los hombres que no votan son multados) y por la fidelidad con que se aferran a un concepto de la existencia que podría resumirse en estas palabras: vivir y dejar vivir".

Ahí es nada...! Esos rasgos típicos de Costa Rica son algo asombroso en estos tiempos en que los ideales se esfuman, la efectividad de la democracia se pierde, y lo de vivir y dejar vivir se ha vuelto tan difícil que la mínima convivencia, la simple coexistencia, constituye el insoluble problema mundial.

Hoy los pueblos se empequeñecen espiritualmente, y tienden, en cambio, los Estados a agrandarse y a alcanzar dimensiones colosales. En la actual contienda del mundo, ocupan el primer plano los Estados Unidos, con sus 160 o 170 millones de habitantes; Rusia, con sus 200 millones; China, con sus 400 o 500 millones. ¿Cómo no mirar con ternura a la pequeña Costa Rica que no llega al millón de almas? Cuando los poderosos Leviathanes cuentan su población en números de nueve cifras, nos encanta esa humilde república que con seis cifras se contenta, y que para vivir no pide sino que la dejen vivir.

Nuestro siglo confunde tamaño con

grandeza, cantidad con calidad. Lo quiere todo cuantitativamente gigantesco: los Estados, las masas humanas, las fábricas, las máquinas, la propaganda, la guerra.

Olvida nuestro tiempo que lo espiritualmente grande ha sido, casi siempre, materialmente pequeño. A cada paso, hablamos de salvar la civilización occidental. Pues bien: esta civilización se basa en dos columnas, el helenismo y el cristianismo, símbolo ambas del desdén hacia el tamaño y del amor a la verdadera grandeza del espíritu.

La república de Atenas era muy pequeña. Todo lo que la ha hecho inmortal se desarrolló en un territorio tan diminuto que hoy un viajero, sentado al pie del Partenón, lo puede abarcar con la mirada. Y, en cuanto al cristianismo, su gloria es su misma pequeñez material. "Y tú, Betlehem Ephrata, pequeña eres entre los millares de Judá..."

Hoy, la pequeña Costa Rica está, además, inerme. Mérito excepcional en esta época de la carrera de los armamentos. Cuando tanto se discute acerca del desarme, Costa Rica ya se desarmó. No tiene una fuerza aérea, no tiene un ejército. Es un país enteramente civil.

Ahora, atacado por tierra, aire y mar, ha pedido con angustiosa urgencia armas para defenderse. Soldados, puede improvisarlos. "Para cada fusil, tenemos cien voluntarios..." Y los corresponsales extranjeros atestiguan que esos voluntarios combaten con valeroso entusiasmo. Prueba de que el pacifismo es compatible con el patriotismo y hasta con el heroísmo militar.

¡La pequeña Costa Rica...! Recuerdo que, hace ya muchos años, llegaba regularmente hasta mi casa de Madrid su discreto mensaje, enviado desde la ciudad de San José, que, por entonces, no tenía sino 40 o 50 mil habitantes, como cualquier modesta capital de provincia. El mensaje, expresión fiel de la nación de donde venía, era el *Repertorio Americano* de García Monge.

Con humildad que lo enaltecía, el *Repertorio* apenas publicaba artículos originales. Estaba hecho a punta de tijera. Pero ¡con qué acierto, con qué cariño, con qué sentido de valoración la empleaban las ma-

nos del admirable educador costarricense! Leyendo esa revista de pobre papel y escasas pretensiones, podía uno conocer, día tras día, lo mejor que aparecía en el mundo de lengua castellana y tener un selecto panorama del pensamiento de Hispanoamérica.

Distanciados uno de otro nuestros veinte países, el semanario de García Monge, pequeño y grande como su patria; pequeño, por sus recursos económicos, grande por su obra de cultura, era un faro al que todos espiritualmente se reunían. Y ese faro, encendido por su torrero infatigable, irradiaba su luz desde el corazón de una minúscula república de vida rural, olvidaba en el mosaico de naciones centroamericanas.

Me acuerdo también de que en el *Repertorio* había una sección titulada: "¿Qué hora es?" Su objeto era llamar la atención hacia los problemas del día, a estimular al lector a no quedarse atrás y, para decirlo con un galicismo, a "estar a la página", a estar al corriente de la marcha del mundo.

¿Que hora es...? Sí. Esta es la hora de la prueba. No sólo para la pequeña Costa Rica sino para la América Grande y aún para la conciencia universal. Es la hora de demostrar que una nación pequeña e inerme puede mantener su independencia y su libertad al amparo del derecho. Es la hora de comprender y de sentir que, si el derecho esencial de un pueblo es conculcado, por débil que ese país parezca, peligra la existencia de todos los demás países, por fuertes que se crean, y queda destruido el orden internacional.

Hay un apólogo hebreo de profundo sentido y ahora de candente actualidad. Sobre una barca, en el mar, uno de los hombres se pone a hacer un agujero. A los indignados reproches de los otros, responde: "¿De qué protestáis? Yo hago el agujero solamente en el sitio en que estoy sentado".

El mundo es hoy una unidad. El suelo costarricense es exiguo; pequeño parece el agujero. Pero el mar está agitado y revuelto, y, si se abre una vía de agua, peligra la nave con todos sus tripulantes.

Luis de ZULUETA.

LIBRERÍA "GARCIA MONGE"

Una organización culturalmente orientada

Ficción — Historia — Política — Premios Nobel — Ciencias
Económicas — Filosofía — Religión — Imperialismo — Geografía

Sección Especial para Bibliófilos

Sección especial Iberoamericana

Español — Inglés — Francés — Alemán — Italiano — Portugués

Calle 7, 50 varas Sur Kiosko Morazán
Apartado 2610 — San José